

CARLOS ALBERTO MURGUEITIO MANRIQUE

LA GRANDE PENSEE DE NAPOLEÓN III (1858 – 1861).
LA ESTRATEGIA FRANCESA PARA FORJAR
UN IMPERIO AMERICANO

Introducción

Antes de 1861, los litigios de México con Francia, el Reino Unido, e incluso con España, habían sido resultado de los reiterados abusos perpetrados por parte de algunos ciudadanos mexicanos contra súbditos europeos asentados en el país y sus propiedades. Los incidentes desafortunados, que se registraron desde 1833, arrojaron como víctimas, tanto a los representantes de las legaciones diplomáticas, como a los de las casas comerciales extranjeras asentados en los puertos. En México se reemprendió la matanza sistemática de extranjeros (Lida 1999: 13), especialmente de españoles y franceses, dedicados al comercio y las haciendas. No era de gratuito que el antiguo ministro francés en México, M. Deffaudis, calificase a los nativos o naturales, como “hombres rudos y groseros, acostumbrados a no obedecer ni respetar más argumentos que los de los cañones”. Estos incidentes, producto de los conflictos civiles en que derivaban las divisiones y rencillas partidistas, terminaron recargando al erario mexicano de cuantiosas pérdidas¹, traducidas en el pago de indemnizaciones a los súbditos y sus empresas, y reparaciones a las potencias ofendidas. Sin embargo, pese a la frecuencia de los atentados, las querellas se resolvían como de costumbre, a partir del empleo de la fuerza y mecanismos de presión, como la movilización de las marinas de guerra, los bloqueos navales y la apropiación de las aduanas, siendo especialmente sensibles las de Veracruz y Tampico en el golfo de México.

¹ El primer bloqueo naval francés, decretado en 1838, forzó la firma de una convención que obligó al gobierno mexicano a indemnizar con 600.000 pesos, pagaderos en menos de seis meses, a las víctimas francesas de los daños e injurias infringidas en los puertos mexicanos. Wynne (1951:20).

La intervención francesa de México fue el único proyecto exitoso, dirigido desde Europa, que consiguió imponer una monarquía en Hispanoamérica tras la culminación de las guerras de independencia frente al imperio español. Pese a su importancia como hecho histórico, al poner en entredicho la soberanía del hemisferio, en clara violación a la doctrina Monroe, y amenazar la misma supervivencia del modelo republicano en las Américas, que parecía sucumbir ante las renovadas tendencias expansionistas, el fenómeno fue poco estudiado tras su bochornoso final, percibiéndose incluso una especie de desdén entre los historiadores decimonónicos a ambas orillas del océano Atlántico. *L'affaire du Mexique* fue considerado por los académicos franceses desde 1871, como un desprestigio para el legado histórico de las revoluciones y la vocación libertaria del tricolor nacional. Incluso hoy llama la atención cómo ni siquiera se hace mención a esta infructuosa campaña en el *Musée des Invalides* en París. Mientras, para los mexicanos, encargados de reconstruir el país tras la derrota del segundo Imperio mexicano, en 1867, el incidente representó un humillante atentado contra el estado y el pueblo. Otro pasaje indigno de ser recordado, aún más lamentable que el de 1846 – 1848, al ser más costoso y prolongado.

Las primeras obras publicadas en Francia fueron de carácter oficial y estuvieron a cargo de civiles y militares próximos al círculo de Napoleón III. De tipo propagandístico, estuvieron destinadas a presentar al público las razones aparentes de la expedición (Martinière 1974: 143). La versión de Émile de Kératry, oficial del ejército legionario francés, justificó la conquista de México como una respuesta legítima a los reclamos del banquero suizo Jean Baptiste Jecker ante el gobierno de Benito Juárez, quien desconoció las obligaciones crediticias contraídas por sus predecesores Félix de Zuloaga y Miguel Miramón, y, además, le impidió al extranjero la explotación de una concesión minera en Sonora. Michel Chevalier, discípulo del sansimonismo y el furierismo, y profesor del *College de France*, quien había vivido en México y era cercano a la corte, completó de aclarar el panorama, cuando reveló en su obra *Le Mexique ancien et moderne*, que la motivación principal de la *grande pensée* tenía un propósito

civilizatorio, imperialista si se quiere, que no sólo consistía en intentar restaurar el dominio colonial de los franceses en el Nuevo Mundo, sino invertir el orden en el hemisferio², restaurando el viejo proyecto de unidad y prosperidad de los pueblos latinos, cuyo éxito, naturalmente, dependía de la proyección y consolidación de la influencia francesa en Hispanoamérica, la cual había sido perdida como consecuencia de la Revolución Francesa, la derrota napoleónica en Haití, y los errores del primer Imperio francés en España.

Las expectativas de Luis Napoleón eran optimistas, estaban basadas en la teoría y los cálculos de las leyes de gravitación universal formulados por el mismo Chevalier, y en los informes distribuidos por agentes europeos tales como el barón de Wagner, ministro de Prusia, quien aseguraba, equivocadamente, que en México se daban “las más vivas simpatías en favor de la intervención francesa”, y que “Juárez era impopular, frágil y detestado” (De la Torre Villar 1968:13). Desde los inicios del siglo múltiples viajeros habían plasmado en sus memorias imágenes de México y luego las difundieron mediante publicaciones. El primero de ellos fue el “Ensayo político” del barón de Humboldt, que incentivó la codicia y la curiosidad. Luego, en las décadas de 1830, 1840 y 1850, Pierre Charpenne, M. de Lanenaudiere, Isidore Löwenstein, Gabriel Ferry, Paul Duplessis, Charles Olliffe, Arthur Morelet y el abate Emmanuel Domenech, tocaron en sus obras los grandes temas relativos a México, resumiéndose en al menos seis; a) las riquezas inagotables del país, b) la desastrosa situación política, c) los defectos de los mexicanos, d) las reformas que se podrían introducir, e) los inconvenientes que habría que afrontar de llevar a cabo las reformas, y f) sugestión o petición de una intervención francesa, lo que sería un bien para todos³.

En resumen, resaltan los conceptos negativos que los viajeros europeos les atribuyeron a los mexicanos, destacándose la propensión a la vagancia, la depravación, la

² Enfintin, Prosper, “Le point de vue sur le Mexique de l’intellectuel Saint Simonien Michel Chevalier, professeur d’économie politique et collaborateur de la Revue des Deux Mondes”, en: Andreis y Suárez de la Torre (2009: 17).

³ Helguera, Margarita. “Posibles antecedentes de la intervención francesa”, en: Pani (2012:128).

incapacidad, la ignorancia y superstición, y la inmoralidad, todas causas de la anarquía crónica que compartía con todas las repúblicas hispanoamericanas. Estas referencias calificativas sobre la población mexicana rayaban en la contrariedad cuando los mismos autores hacían referencia al territorio mexicano, que era considerado como el más rico del Nuevo Mundo, al ser al mismo tiempo; un formidable almacén de materias primas baratas y suficientes para abastecer a las industrias y fábricas europeas; un mercado abundante, de unos 10 millones de personas, en donde colocar los productos manufacturados y los artículos comerciales obtenidos en otras latitudes por las compañías y firmas francesas, y el principal depósito de plata, muy útil para efectuar el intercambio con Oriente.

A cambio de la invasión, ocupación y vasallaje de México, el emperador se comprometía a inculcar el espíritu científico, precedente indispensable para “el desarrollo de las ventajas del trabajo intelectual, la agricultura, la industria y el comercio”⁴, entre los habitantes nativos, y promover la construcción de vías férreas, impulsar las compañías de vapores y poner, a través de un canal transístmico, al país y a toda la región dentro del movimiento universal. Pero para que estos designios fuesen posibles, era necesario mantener en México un ejército expedicionario, que según las memorias de los generales Charles F. du Barail, Frédéric Forey y François Bazaine, sumó entre 20,000 y 30,000 efectivos⁵, e instaurar un príncipe europeo en la Ciudad de México. Así México debía convertirse en un baluarte inexpugnable, en donde Francia quedase dispuesta para frenar las futuras ambiciones de la Unión Americana sobre los istmos centroamericanos.

Según los planes trazados, las fuerzas expedicionarias, bien disciplinadas y desplegadas desde Europa, se encaminarían hacia el centro del país, y gozarían, supuestamente, del apoyo de una fuerte corriente monárquica con ascendiente entre la

⁴ Soberanis, Alberto. “Tres proyectos científicos y culturales bajo el segundo imperio mexicano, 1864 – 1867”, en: Galeana (2011: 203).

⁵ Destacándose los veteranos de la guerra de Crimea, de las campañas de Argelia e Italia, y un batallón de negros sudaneses obsequiados por el pachá de Egipto. Conte Corti, Egon Caesar. *Maximiliano y Carlota*, p, 135.

población local e indígena. La participación de las fuerzas conservadoras, estimada en alrededor de 50,000 efectivos, dirigidos por el general Leonardo Márquez y el padre Francisco Javier Miranda, estaban comprometidas a defender al gobierno provisional o “la regencia”, conformada por Juan Nepomuceno Almonte y la Junta de Notables que lo rodeaba. Ellos mismos, en 1863, «resguardaron el ascenso de Maximiliano de Austria, desde la insalubre Veracruz hasta el altiplano»⁶. Sin embargo, la verdad revelada por Michael Costeloe, fue que solo «los hombres de bien», un sector compuesto por militares, prefectos y hacendados de la alta sociedad, caracterizados por «los elevados ingresos, el origen hispánico⁷, la buena educación, su adscripción al catolicismo» (Costeloe 2000: 35), y el apoyo a la causa monarquista de inspiración francesa con tal de resolver la inestabilidad del país⁸.

Los trabajos académicos sobre los antecedentes de la intervención francesa en México continuaron escasos hasta la década de 1960, cuando a raíz del centenario luctuoso resurgió un renovado interés. Las nuevas investigaciones, escritas por historiadores estadounidenses, cuestionaron la versión tradicional de Kératry, revelando otro tipo de motivaciones, tanto económicas como diplomáticas, para darle sentido a la *grande pensée* de Napoleón III. Dexter Perkins, Carl H. Bock, Alfred y Katheryn Hanna, recurrieron a los archivos europeos y mexicanos, encontrando que los litigios legales entre el banquero Jecker y el gobierno de Juárez, tan sólo habían servido de pretexto para lanzar la empresa intervencionista. También señalaron las enormes ventajas comerciales que ofrecía para entonces México, como proveedor de algodón, en un momento de escasez y ascenso general de los precios del

⁶ García Ugarte, Marta Eugenia. “El Obispo Labastida y la intervención”, en: Galeana (2011: 40 – 41).

⁷ Existía en México una numerosa red de españoles provenientes del norte de la península; vascos, cantábricos y montañeses. Lida (1999: 13).

⁸ “Los conservadores mexicanos consideraban que la respuesta que el conservadurismo galo había desarrollado contra el liberalismo revolucionario mantenía un paralelismo con las circunstancias de México, y, además, permitía contrarrestar con sus mismas armas a los liberales”. Rodríguez Piña, Javier, “Sobre la presencia del conservadurismo en México durante la primera mitad del siglo XIX”, en: Andreis y Suárez de la Torre (2009: 10).

ramo, complementando lo expuesto por Shirley Black, en su tesis doctoral, cuando aseveró acerca de la importancia de las minas de plata mexicanas para Francia. Por otro lado, Nancy Barker y John Phelan revisaron a Kératry y Chevalier, y apoyaron dichas versiones devolviéndole a los diplomáticos franceses la trascendencia perdida por el auge del economicismo.

En México, durante la coyuntura de 1968, Ernesto de la Torre recopiló los decretos y la correspondencia de Benito Juárez y sus secretarios, y documentos oficiales extranjeros referentes a la intervención, que revelaron las reacciones y discusiones suscitadas en el legislativo francés y en el Congreso de los Estados Unidos de América sobre el incidente. Su obra, incluyó la Convención franco – austriaca de Miramar, firmada en Trieste, el 10 de abril de 1864, en la que el nuevo imperio mexicano reconoció su vasallaje ante el imperio francés. Más recientemente, bajo la coordinación de Patricia Galeana, varios autores mexicanos y austriacos ampliaron los estudios desde nuevos enfoques y perspectivas. Los trabajos fueron resultado de la exhaustiva revisión de los fondos relativos al segundo Imperio mexicano, que componen el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México, y el Archivo de la Casa Real de la Corte y del Estado en Viena. Algunos de los estudios confirmaron el *lobby* de las principales figuras del conservadurismo mexicano, los obispos de Puebla y Oaxaca, Pelagio Antonio de Labastida y José María Covarrubias, y el diplomático José María Gutiérrez de Estrada, en las cortes de París y Roma, como factores determinantes para que se organizase el despliegue.

Este trabajo, escrito desde un enfoque de historia diplomática, y una perspectiva conectada, pretende aclarar las motivaciones de Napoleón III para inmiscuirse en los asuntos mexicanos, desde 1858, y determinar la invasión del país en 1861. Tras revisar la correspondencia del ministro plenipotenciario de la legación francesa en México, Dubois de Saligny, de los ministros de Exteriores Francisco Zarco y Manuel María Zamacona con el legado mexicano en París y de los agentes mexicanos en Washington, proveniente del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de la Ciudad de

México, y contrastar dicha información con la historiografía, *l'affaire du Mexique*, se presenta como el resultado de una confluencia de factores, que, concatenados, determinaron la ejecución de un plan metódico y a gran escala, que buscó expandir la influencia francesa por el mundo, aprovechándose de la coyuntura ideal para alterar un cambio trascendental en el orden geopolítico global.

1. *Los intereses franceses en México*

En 1858, el segundo imperio francés cumplía seis años, y sus territorios de ultramar aún se hallaban reducidos a Argelia, que había sido adherida por Carlos X en 1830, y algunas islas y litorales estratégicamente ubicados alrededor de las principales rutas comerciales del mundo. Estos enclaves, útiles para el intercambio de bienes y la obtención de materias primas, tales como las estaciones pesqueras de bacalao de Saint Pierre y Miquelón (Terranova), las pequeñas Antillas de Guadalupe y Martinica, productoras de azúcar, y el territorio selvático de Guyana, en la América meridional, desde donde se obtenía la goma del árbol del caucho, eran los últimos vestigios de su antiguo imperio colonial en el Nuevo Mundo. Dichos reductos, sumados a los viejos puestos negreros de Senegal, Guinea y Gabón, en África tropical, las islas Mayota, Mauricio y Borbón, en el océano Índico, las cinco posesiones portuarias en el subcontinente indio, y los protectorados de Tahití y las Marquesas en el Pacífico, conformaban la totalidad de los territorios de ultramar. Pero ninguno de ellos había sido incorporado por Napoleón III, quien hasta 1854 consideraba, tomando como referencia a Argelia, «que las colonias no eran muy convenientes y que representaban una debilidad para la metrópoli, ya que eran difíciles de mantener en prosperidad, y la protección de su comercio prevenía a Francia de comprar productos en mercados más ventajosos» (Bury 1964: 119).

Paradójicamente, ese mismo año, el emperador retomó la aventura colonial, que recibió un impulso sin precedentes en el siglo XIX, manteniéndose vigente hasta 1870, bajo la dirección del *Quai d'Orsay*, y la supervisión de las Tullerías. La estrategia, concebida como fundamental para el desarrollo de

una política exterior expansiva, consistía en la alianza con Inglaterra (Schefer 1963: 26). Desde 1851, Napoleón III se había decidido por el libre comercio. Prematuramente redujo las tarifas proteccionistas, y firmó, en 1860, el tratado comercial Cobden – Chevalier, que eliminó los aranceles entre las dos naciones. La participación conjunta de sus escuadras y ejércitos en la guerra de Crimea, entre 1853 – 1856, y la incursión combinada en la China meridional, demostraron los beneficios de la comunión. Además, ambos gobiernos se proclamaron defensores del liberalismo, y se comprometieron a controlar y defender las principales rutas comerciales, especialmente los estrechos, y a promover la construcción de canales interoceánicos, instalaciones portuarias y ferrocarriles, con el fin de acelerar el intercambio comercial y el flujo de capitales hacia los enormes mercados orientales.

El primer paso de Napoleón III fue consolidar la influencia francesa en el Mediterráneo, concebido por tanto por él como por los sansimonianos⁹, como el “lecho nupcial de los mundos”¹⁰, a través de la guerra, diplomacia y las inversiones. Durante la guerra de Crimea, el imperio francés apoyó a Estambul, y su flota naval ayudó a frenar las ambiciones rusas en Tracia y el Bósforo. Luego, Luis Napoleón se proclamó defensor de las minorías católicas que habitaban la región y se abrogó el derecho de intervenir militarmente para protegerlas. Fue así como desde 1856 aumentaron las actividades de los ingenieros y banqueros franceses en el Levante. Pequeñas comunidades galas se asentaron fuera de Estambul; en Damasco, Beirut, Jerusalén, y otras ciudades, e incluso en Egipto. La obstinación de construir un canal en Suez, como

⁹ La teoría de la gravitación universal y de la física de los mundos, elaborada por Saint Simon, en 1813, bajo el título de Mémoire sur la gravitation, era una filosofía de la naturaleza humana, la cual reconocía, que, el destino de la especie era el de encontrarle solución a los problemas sociales a partir de la explotación de la naturaleza externa y la modificación de los entornos geográficos. Charléty (1969: 41).

¹⁰ La vinculación de Francia con Oriente se remontaba al legado común dejado por los romanos, a la era de las cruzadas y a la incursión napoleónica de 1797. El segundo Imperio francés, buscaba estrechar los lazos con Oriente a través de la precisión de la ingeniería puesta al servicio de la fraternidad universal. Los ferrocarriles y los canales serían el vínculo material, en tanto que los bancos el espiritual. Charléty (1969 : 157 – 158).

ruta alternativa hacia la India se remontaba a los proyectos de Bonaparte, entre 1798 – 1799. El proyecto fue abandonado, pero en 1834, los sansimonianos dirigidos por Barthélemy P. Enfantin y sus pupilos de la Escuela Politécnica, iniciaron los análisis topográficos en la zona donde se emplazaría el canal. Las obras iniciaron en 1854, en plena guerra con Rusia, cuando el pachá de Egipto le otorgó la concesión al ingeniero Ferdinand de Lesseps, primo de la emperatriz Eugenia.

Argelia era la otra puerta de los franceses en África y el mundo musulmán. Los compromisos allí, y luego en el resto del Magreb, consistían en modificar las instituciones, las costumbres y prácticas indígenas, para integrar al territorio y sus habitantes a la civilización europea. Napoleón III pretendía construir una nueva sociedad, integrada por ciudadanos de todas las religiones bajo una única tutela, y por lo tanto, debía asimilar a la población confesional a través de la educación en la lengua y cultura francesas, para luego convertirlos en elementos racionales, dispuestos a abrazar la ciencia. Las intenciones, altruistas, contemplaban cambios en el régimen de propiedad de la tierra, la adopción y uso de las técnicas agrícolas modernas, y el fomento de la colonización europea. Durante la década de 1850 Argelia no peleó, y para 1860, la situación se agravaba como consecuencia del impacto de las plagas, la sequía y la difuminación del cólera, fenómenos que diezmaron la población. Además, estallaron insurrecciones armadas que desafiaron la dominación francesa. El sentimiento de desilusión general se apoderó de funcionarios, soldados y colonos. El desenlace de la campaña parecía desastroso, e incluso, para calmar los ánimos, el emperador tuvo que trasladarse temporalmente a Argel. Allí reconoció que Argelia era «una bala en la pierna, y un reino que nadie sabía cómo gobernar» (Bury 1964: 125).

Fuera del Levante, Egipto y el Magreb, España era la pieza clave del engranaje que soportaba el esfuerzo Napoleón III. Su proyecto panlatínista, consistía en que Francia ejerciera su influencia sobre la península ibérica y desde allí proyectarse sobre el Nuevo Mundo. Le conservaba especial afecto a su aliada, y se empeñó en procurarle rejuvenecimiento y mayor protagonismo. El periodista Gabriel Hugelmann, colaborador

del segundo Imperio, experto en las relaciones con España y director del *Journal de Madrid*, exaltó las virtudes de una unión de propósitos entre las dos potencias latinas y católicas. En las revistas, *La revue espagnole et portugaise*, lanzada en 1857, y convertida luego en, *La revue des races latines* (Témime 1971: 618), y en *La revue des deux mondes*, dirigida por Michel Chevalier, quedaron bien expuestos los puntos del programa geo ideológico del panlatinismo, y la teoría geopolítica que lo sustentaba. Según esta doctrina, Francia era, «no solamente el alma, sino también el brazo de la “raza” latina. Sin ella, y sin su enérgica iniciativa y luces, sentimientos elevados y poder militar, el grupo de las naciones latinas, incluida España, estaría reducido a ser una triste figura en el mundo» (Chevalier 1983: 403). El programa enfatizaba en la coherencia cultural y espiritual entre Francia, Italia, España y Portugal, debido a la cercanía lingüística y religiosa. Todos atributos que, hábilmente, fueron extendidos a las repúblicas hispanoamericanas y al imperio de Brasil.

Pese al legado histórico de amistad y parentesco de las nuevas repúblicas con Francia, el incremento de su protagonismo en Iberoamérica era una novedad para las generaciones vivas, que ya no estaban acostumbradas a ser gobernadas allende el océano, y que habían perdido su conexión espiritual, si es que alguna vez existió, con París. Primero, Napoleón III acuñó el término discursivo de *l'Amérique Latine* (Phelan 1979: 3), para resaltar la matriz común latina, y los vínculos culturales, lingüísticos y religiosos existentes entre España y Portugal, y sus antiguos dominios en el Nuevo Mundo con Francia, que, al estar mejor situada en los métodos de la ciencia y la tecnología, reclamaba su papel de liderazgo. Francia ponía al servicio, beneficio común y defensa de sus parientes pobres y atrasados de ambos hemisferios, aliados y *protégés*, el ingenio industrial, la vocación comercial y financiera, y su poderío militar.

Según el historiador Guy Martinière, el designio mexicano de Napoleón III se mantuvo en secreto hasta 1858, y sólo los consejeros más íntimos conocían los propósitos. Es claro que su plan no fue producto del altruismo, sino de la habilidad diplomática y astucia política, y su despliegue y éxito dependió

de que se presentase la coyuntura ideal. Su deseo de asistir al establecimiento de una dinastía europea en México, ya había sido comunicado al primer ministro británico Disraeli (Bury 1964: 133). Él desempeñaría un papel civilizatorio, que iniciaría con la constitución de una monarquía como la de Brasil¹¹, donde ya Francia poseía notable influencia, gozando del respaldo de España y de otros poderes europeos. La misión consistía en convertir a México en un país sólido, capaz de brindar estabilidad y tranquilidad para los negocios, y a la vez servir de gendarme de la latinidad, como un tapón para frenar la eventual pero segura expansión de los Estados Unidos de América en las Antillas y en Centroamérica, donde chocarían con los franceses, que ya proyectaban construir un canal interoceánico¹². Así las cosas, *la grande pensée* de Napoleón III, lejos de ser producto de elucubraciones románticas, estaba basada en cálculos racionales y operaciones aritméticas.

La presencia de franceses no era rara en los principales puertos del Golfo de México, como Tampico, Veracruz y Campeche, también en ciudades y regiones del interior, como Puebla, México, Morelia, Oaxaca, el Bajío y Guadalajara, e incluso en las áreas de la frontera con los Estados Unidos de América, como Sonora y Baja California. Desde el siglo XVIII formaban el grupo más grande de extranjeros en Nueva España, resultado natural de los pactos de familia de los Borbones y la alianza sostenida desde 1701 hasta 1789, cuando se vio entorpecida. El censo al que hace referencia Jacques Houdaille, menciona 800 familias de origen francés radicadas en la Nueva España entre 1700 a 1820 (Houdaille 1961:146), la mayoría sujetos exitosos, educados, profesionales y con habilidades y destrezas técnicas de utilidad. Houdaille, señala que para 1820, aproximadamente 25% eran soldados y expertos oficiales, y casi todos los demás trabajaban en actividades relacionadas con el comercio. Durante las décadas de vida republicana, los franceses conformaron un grupo privilegiado y numeroso, sólo superados por la suma de los

¹¹ Avenel, Jean David. “La prensa y la intervención francesa en México”, en: Galeana (2011:138).

¹² El gobierno de Nicaragua le había propuesto a Luis Napoleón, la construcción de un canal que llevaría su nombre. Schefer (1963: 30).

segmentos que continuaron identificándose bajo la categoría de peninsulares e isleños canarios, al final españoles.

La colonia francesa no demeritó su importancia después de 1821. El censo de 1849, impulsado por la efímera segunda república francesa, y llevado a cabo en México por el ministro plenipotenciario, André Levasseur, contó 1,737 cabezas de familia, lo que significaba, que al menos 6,000 personas, incluyendo mujeres, niños y sirvientes franceses estaban regados en el inmenso territorio. Otras cifras más optimistas o exageradas, suponían un total de 20,000 personas. La particularidad de esta población, a todas luces minoritaria, era que operaba bajo un espíritu de clan, se comportaba con ínfulas de superioridad en la vida cotidiana, se negaba a la naturalización, y celebraba con emotividad el calendario y las fiestas nacionales francesas. Tales usos alimentaban los prejuicios entre la población nativa o indígena, urbana y campesina, muy arraigada a sus costumbres y valores, instintivamente temerosa de las novedades y hostil hacia los extranjeros, especialmente a los franceses, que desde antaño habían sido considerados herejes y apóstatas. Por fortuna pocos de ellos eran latifundistas o dueños de minas, ambas actividades sensibles, por lo que resultaban extrañas las manifestaciones de odio y venganza practicadas contra ellos por los ciudadanos mexicanos.

Los desafortunados incidentes, definidos como brotes xenofóbicos (Barker 1976: 607), fueron registrados en los informes de la legación francesa, compuesta por cónsules, vicecónsules y agentes del segundo Imperio regados por México. En Puebla, durante las jornadas de 1833, la plebe señaló a los residentes franceses de desatar la epidemia de cólera envenenando el agua del aljibe público (ivi: 599). En Veracruz y Tampico, entre 1837 y 1838, los comerciantes franceses fueron acosados y sus bienes pillados, tanto por “hordas de maleantes” como por los partidos en pugna, quienes confiscaban sus propiedades para tramitar préstamos, recaudar fondos y repartirse los botines. Desesperados, los extranjeros apelaron a la protección de su gobierno (Hanna y Katheryn 1973-219), y tramitaron las quejas de las injurias de las que habían sido víctimas ante el Ministerio de Asuntos

Extranjeros de París. La respuesta fue el bloqueo y bombardeo sobre Veracruz, seguido de la firma de la Convención de marzo de 1839 que posteriormente fue ampliada, primero por Mariano Arista, en diciembre de 1851, y luego, por Santa Anna, en junio de 1853. En la última, México aceptó pagarle al recién instaurado segundo Imperio francés la suma de 1.759,000 pesos¹³.

Desde 1853, en consonancia con Francia, España impulsó una política más agresiva en América y Asia. Por primera vez desde 1833, movilizó la flota dispuesta en La Habana para defender a sus nacionales de los nuevos vejámenes y embargos comerciales de los que eran víctimas en México. El gobierno español de Ramón María Narváez levantó un embargo sobre Veracruz, y forzó a los mexicanos a indemnizar a sus súbditos. En respuesta a los reclamos, Manuel Payno reconoció el capital y los intereses adeudados, en 2.411,941 pesos (Pi – Suñer Llorens 2006:146), una cifra superior a la deuda con los franceses. Sin embargo, pese a la presión de la diplomacia naval, la deuda no fue cancelada durante la Guerra de Reforma. La mesa negociadora, conformada por el plenipotenciario español Miguel de los Santos Álvarez y el secretario de Hacienda de Juárez, Miguel Lerdo de Tejada, resolvió, en julio de 1856, tramitar el pago de los bonos y dividendos de los acreedores españoles¹⁴. Pero luego, la masacre de cinco peninsulares en Cuernavaca conllevó una ruptura diplomática, que dejó a la legación francesa a cargo de los intereses españoles en México¹⁵.

¹³ Según lo establecido en diciembre de 1851, los reclamos de Jecker, Torre y Co., sumaban 109,143 pesos y los de Lermont P. Fort y Co., 274,784. En junio de 1853, Santa Anna reconoció otros 28 reclamos, cuyo total era de 1.374,928 pesos. Wynne, William. *State Insolvency and Foreign Bondholders*, p, 19.

¹⁴ Para Manuel Payno los únicos acreedores legítimos eran Lucas de la Tijera y la Casa Agüero González, cuyas deudas sumaban la cantidad de 2.625,472 pesos. Pi – Suñer Llorens (2006:160).

¹⁵ Las relaciones entre Francia y España se fortalecieron desde 1857, cuando España les brindó a las fuerzas expedicionarias de Luis Napoleón la base de Manila y su marina de las Filipinas, para intervenir en la Cochinchina, deponer el reino de Anam y reemplazarlo por un protectorado en Saigón, que se erigió en 1862. La acción fue una represalia en respuesta al asesinato de unos misioneros católicos. Pero el fervor nacionalista español se dejó sentir con

Como lo señalan los trabajos de Dexter Perkins, Carl H. Bock, Alfred y Katheryn Hanna, para 1861, el imperio francés sufría una desastrosa escasez de algodón. La recién iniciada Guerra Civil Americana, estaba perjudicando el suministro de ese ramo a la sensible industria textil francesa, dependiente en un 90% de las importaciones provenientes de los puertos de la cuenca del río Misisipi, principalmente de Nueva Orleans, que luchaba por la secesión en la Confederación Americana. Tras una revisión exhaustiva de la prensa francesa, George Blackburn explicó la consternación que causó en Francia la parálisis de la industria textil. Según su estudio, las pérdidas fueron devastadoras en las regiones manufactureras de Picardía, el Sena Inferior y Normandía, las cuales, según el censo de 1861, proporcionaban empleo a 369,644 trabajadores, que sostenían la vida de 513,500 personas (Blackburn 1991: 187). Dicha situación se agravó en abril de 1862, cuando ascendió el precio de dicho artículo¹⁶, coincidiendo precisamente con el desembarco del ejército expedicionario en México.

En su tesis doctoral, Shirley Black argumentó acerca de la necesidad que tenía el tesoro francés de mineral de plata para cubrir la balanza de pagos con Oriente y proveerse del algodón que requería para alimentar la industria textil. Este hecho completa el panorama, ya que las minas de Nueva España habían financiado el funcionamiento del imperio español durante el siglo XVIII¹⁷, y las de Zacatecas, Guanajuato y Tasco, aunque mermadas, seguían operativas. El desierto del norte permanecía casi inexplorado. Según el diario del jesuita alemán, Ignaz Pfefferkorn, el territorio de Sonora guardaba valiosas existencias del metal aún sin explotar, y aunque pocos se habían mostrado dispuestos a lidiar con los indios apaches,

mayor intensidad desde 1859, a raíz de la campaña de Marruecos y la toma de Tetuán.

¹⁶ El precio del algodón comenzó a subir desde la captura de Nueva Orleans por la flota de la Unión, en abril de 1862. El precio se elevó por lo menos tres veces hasta el otoño de 1863, luego descendió un poco en 1864, pero no volvió al nivel de la preguerra hasta abril de 1865, cuando terminó la conflagración. Blackburn (1991:188).

¹⁷ Los situados mexicanos financiaban la estructura militar y naval del imperio. Marichal (2007:38 – 42).

que habitaban esos montes, la fiebre del oro, desprendida por el descubrimiento de los yacimientos de California, había incentivado las incursiones de aventureros, entre los que se contaban ciudadanos americanos y súbditos franceses. Los segundos eran escasos en esas latitudes, aunque existían pequeñas comunidades en Guaymas, Hermosillo y Mazatlán, y algunos de ellos gozaban de privilegios, concesiones territoriales y mineras. Otros, como Hippolyte du Pasquier de Dommartin y Charles Pindray, buscaban establecer colonias agrícolas, y, Gaston R. de Rousset – Boulbon, antiguo expedicionario de Argelia, junto al banquero suizo Jean Baptiste Jecker, explotar el metal a través de la Compañía Restauradora de las Minas de Arizona¹⁸.

Fue así como Sonora se convirtió en una zona de fricción (Herrera 2011: 137). Para el *Quai d'Orsay* y las Tullerías, la república de los Estados Unidos de América podía permanecer poderosa y próspera, pero ni los franceses ni los españoles estarían dispuestos a tolerar su presencia y comportamiento como ama del golfo de México. Según los estimativos, desde allí podría dominar las Antillas y Centroamérica, hasta convertirse en administradora de los productos del Nuevo Mundo. Por tal motivo para Napoleón III, México debía mantener su independencia e integridad territorial, a través de un gobierno estable y con la asistencia europea. Así se restituiría la latinidad de este lado del océano, su poder y prestigio, y se garantizaría la seguridad de las últimas colonias francesas y españolas. La confluencia de los factores que convocaron la acción se presentó como consecuencia del estallido de la Guerra Civil Americana, a la que Francia reaccionó lanzándose sobre México, y tal y como lo hizo en Indochina, con la ayuda española.

¹⁸ Las actividades de Jecker en la minería se remontaban a 1852, por lo que los réditos extraídos en ese ramo han debido ser más importantes que el préstamo conferido a Miguel Miramón, el 29 de octubre de 1859, el cual aparentemente, según la versión clásica de Kératry, justificó la intervención francesa. Black (1978: 59).

2. *El contexto perfecto para la grande pensée*

Desde 1860 circularon en los pasillos del *Quai d'Orsay*, rumores referentes a la eventual intervención francesa en México. El conde Alexandre Walewski, hijo ilegítimo de Napoleón Bonaparte y ministro de Relaciones Exteriores de Luis Napoleón, irradiaba entusiasmo al resto del gabinete imperial. La delegación plenipotenciaria de Francia en México, conformada por Aimé Louis Victor du Bosc, marqués de Radepon, autor del libro *La Turquie de l'Amérique*, y el vizconde Alexis de Gabriac, señalaban simpatía con el proyecto. Así lo expresaban sus despachos y cartas, que afirmaban que los habitantes indígenas y extranjeros favorecerían la llegada de un rey europeo (Schefer 1963:39). Mathieu de Fossey, hombre de negocios, diplomático y profesor, quien había vivido en diferentes regiones de México desde 1831, respaldaba esas elucubraciones. En su obra *Le Mexique*, enfatizó, que una intervención francesa tendría amplia aprobación entre los nativos (Martinière 1974:147). Pese a los buenos augurios, cifrados a ambos lados del océano, *la grande pensée*, debía aguardar a que se presentase el contexto ideal. La oportunidad para jugarse el destino del mundo, pues según el emperador, «la prosperidad de América no podía ser un asunto indiferente para Europa, porque de allí provenían las materias primas que abastecían las fábricas y alimentaban el comercio» (Phelan 1979:13).

El restablecimiento de la supremacía francesa en Europa se había consolidado con la derrota de Austria, la unificación de Italia bajo la dinastía piamontesa, y el ensanchamiento territorial del estado con la adhesión de Saboya y Niza. Con las fronteras modificadas a su conveniencia y sin mayores peligros aparentes, Napoleón III quedó libre para actuar en ultramar. Intervino en Indochina, desde 1857, y la ocupó en 1861. Mientras, México esperaba. Como las incursiones expedicionarias en Turquía, Egipto y Argelia, el proyecto mexicano había sido interpretado por Napoleón III y sus ministros, según las leyes de la física de los mundos, contenidas en la *Mémoire sur la gravitation* de Saint Simon. Como ya se dijo, sus pupilos de *l'Institut Polytechnique* que

habían llevado sus ideales a la praxis en Levante y África, aplicando los conocimientos científicos y la técnica moderna en beneficio de la humanidad, estaban listos para hacer lo propio en Hispanoamérica (Dunbar 1988:232).

El triunfo del republicano Abraham Lincoln en las elecciones de los Estados Unidos, provocó, en febrero de 1861, la secesión de los 13 estados sureños, que conformaron los Estados Confederados de América. El nuevo país quedó dueño de un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados e incluía nueve millones de habitantes. México quedaba con fronteras con ambas entidades, pues la antigua república de Texas formaba parte de la Confederación, mientras los territorios de Nuevo México y Arizona y el estado de California permanecieron en la Unión original. De esta manera, el gobierno de Benito Juárez, recién reinstaurado en Ciudad de México, tuvo que lidiar con las presiones de las capitales: Richmond y Washington. La primera buscó reconocimiento diplomático, y la segunda impedir el establecimiento de relaciones formales entre México y los separatistas. Para marzo de 1861, los asuntos mexicanos atormentaban a Lincoln, quien reconoció que el desempeño de la Guerra Civil Americana agravaría el bienestar de los gobiernos democráticos del hemisferio, pues con esto, las intervenciones europeas en Santo Domingo y México eran inevitables. Lincoln reaccionó nombrando a Thomas Corwin, ministro plenipotenciario en la ciudad de México, y éste se reunió con Juárez, garantizándole la integridad territorial e independencia política (Hanna y Kathryn 1973: 49).

Mientras tanto, en Washington, el ministro plenipotenciario mexicano Matías Romero previno a Lincoln sobre los riesgos del eventual triunfo de los ejércitos de la Confederación en el área de la frontera y el golfo de México. Respondiendo a las intenciones del presidente americano, Romero esgrimió que una de las voluntades de la Confederación era expandir el sistema de la esclavitud en el vecindario, a lo que Juárez se opondría irremediablemente. Su postura, abolicionista, fue elevada al Congreso, y sirvió de preámbulo para la intervención. Fue así como en la Guerra Civil Americana, que estalló el 12 de abril, el gobierno legítimo de México se puso del lado de la Unión Americana y de Lincoln, mientras los de Francia y

España tomaron la posición contraria. La situación convino a los europeos, pues divididos los Estados Unidos de América, menguarían sus pretensiones sobre el Caribe. El vacío dejado por el gendarme del hemisferio fue bien aprovechado, pues en el verano de 1861 la doctrina de James Monroe quedó sin efecto.

España se mostraba beligerante. Su gobierno, encabezado por el general Leopoldo O'Donnell y el ministro Fernando Calderón y Collantes, se lanzó a la recuperación de la antigua parte hispana de Santo Domingo, con tal de salvarlo de los americanos y de los haitianos, e incursionó, junto a Francia, en México, empleando 40 embarcaciones construidas en la Gran Bretaña, y usando a Cuba y a Puerto Rico como bases desde donde lanzar las operaciones (Sánchez y Pereira 2010: 217). Como los franceses, los españoles buscaban castigar a Juárez por anunciar la moratoria y expulsar al embajador Joaquín Francisco Pacheco (Pi-Suñer Llorens 2006:181), pero superaban en bríos a sus aliados, y se aprovecharon de la guerra para incrementar el gravamen que cobraban a las importaciones provenientes de los puertos yanquis en Cuba y Puerto Rico.

Hábilmente, Napoleón III, guiado por la moderación y la prudencia, trató de ganar el consentimiento de los británicos en beneficio de su empresa, ofreciéndose en primera instancia como mediador entre los beligerantes (Villegas Revueltas 2006: 95). El emperador se guardaba para actuar. Quería evitar una guerra inoportuna y la eventual derrota. Fue sólo cuando el parlamento británico se decidió por la neutralidad, con tal de proteger el comercio y sus posesiones americanas, pobremente defendidas, que Luis Napoleón corrió el riesgo de intervenir a discreción (Sears 1921: 257). El *lobby* diplomático emprendido por los delegados de Washington Davis en Londres, si bien resaltó la importancia de la Confederación como exportador de algodón, no logró convencer a la Cámara de los Comunes de intervenir en su favor frente a Lincoln y la Unión Americana. Seguido, la Gran Bretaña levantó las prohibiciones para

exportar armamentos y municiones a cualquiera de los bandos¹⁹, y envió 8,000 soldados a Canadá.

Pese a que el gobierno de la Confederación envió al agente John Thomas Pickett a México para contrarrestar la presencia del ministro de Lincoln, Thomas Corwin. Pickett tampoco logró su cometido, que consistía en convencer a Juárez de mantener la neutralidad. El contexto internacional se lo impidió. México se encontraba bajo asedio por parte de las diversas flotas europeas, y este no pudo permanecer tímido ante las propuestas que le había extendido Lincoln. Juárez necesitaba dinero y «Washington era el lugar para conseguirlo» (Hanna y Kathryn 1973: 52). Desde agosto de 1861, las tropas de la Unión Americana comenzaron a usar los puertos mexicanos del mar de Cortés, y se comprometieron a proteger ese litoral de cualquier incursión extranjera. Mientras México se definió en favor de la Unión, el emperador francés, en secreto, les apostó a los rebeldes confederados. Respaldado por el delegado confederado en París, John Slidell, con quien coincidía en pensamiento, Napoleón III afirmó, con razón, que el éxito del designio mexicano dependía del triunfo militar de la Confederación.

Ambos proyectos, la intervención francesa en México, y la secesión planteada por la Confederación, compartían el mismo destino. Pero para evitar acciones de guerra contra la fuerza naval de la Unión Americana, Francia se proclamó oficialmente neutral el 10 de junio de 1861, un mes antes de romper con México, y de desplegar el desembarco del primer ejército expedicionario en las playas de Veracruz. La prensa francesa se encontraba dividida en torno a las movidas del emperador. George M. Blackburn expuso cómo los diarios conservadores, tanto bonapartistas como borbónicos, opuestos al sistema republicano, aprobaban la intervención, mientras la oposición

¹⁹ Al parecer, las medidas prohibitivas para el comercio de armas no se cumplieron. El capitán James D. Bulloch, agente de la Confederación en Europa y Gran Bretaña, contrató la construcción de 3 acorazados en el astillero de Dublín. Las embarcaciones, llamadas Florida, Alabama y Alexandra, fueron trasladadas a Nassau, donde izaron las banderas confederadas. La entrega se efectuó entre marzo de 1862 y junio de 1863. A lo que hay que agregar, que, en secreto, Napoleón III construyó barcos de guerra para la Confederación. Bemis (1963: 380).

liberal, incluida la orleanista, favorable a la Unión, la repudiaba²⁰. Fue así como los diarios oficialistas explicaron al público francés, que la intervención en México, era el resultado de la negativa de Juárez de pagar a sus acreedores, resaltando los reclamos del banquero Jean Baptiste Jecker. Para incentivar los ánimos nacionalistas entre el público, la prensa apeló a las afinidades culturales, históricas y lingüísticas, que vinculaban a Francia con México y Nueva Orleans. Según la propaganda, «mientras los yanquis eran en esencia teutónicos y protestantes, los mexicanos y algunos de los rebeldes confederados, eran de origen latino y católicos» (ibídem).

El nuevo ministro plenipotenciario del imperio francés en México, Dubois de Saligny, quien reemplazó a M. de Gabriac²¹, llegó a Veracruz en noviembre de 1860, semanas previas al restablecimiento de Juárez en la ciudad de México y a la fuga del presidente conservador Miguel Miramón hacia Europa. Saligny, concebido por algunos estudiosos como «el genio malo de Francia» (Hanna y Kathryn 1973:35), al ser definido como la figura siniestra detrás de la intervención, y por otros como un mero intérprete de los designios mexicanos del emperador, no se distanció de la línea de sus predecesores. Todos los agentes franceses, incluyendo al barón de Deffaudis, Alleye de Cypres, André Levasseur y el vizconde de Gabriac, habían apoyado, cada uno en su momento, el proyecto intervencionista. Algunos incluso habían colaborado con prácticas de piratería, aprovechándose de los desórdenes, razón por la que fueron detestados por los juaristas (Hanna y Kathryn 1973:35).

Pese a las diferencias que existían entre Saligny y los dignatarios del gobierno de Benito Juárez, en marzo de 1861, el primero trató de negociar con Francisco Zarco, recién asumido Secretario de Relaciones Exteriores, el reconocimiento diplomático de Francia a cambio de «las satisfacciones financieras» (Hanna y Kathryn 1973:35). Dicha convención,

²⁰ Mientras la prensa conservadora se difundía sin obstáculos; *l'Union, Gazette de France, Le Pays, Moniteur y Monde*, la republicana circulaba bajo la censura, representada por; *Courrier, Le Temps, Le Siècle, La Presse y l'Opinion Nationale*. Blackburn (1991:178).

²¹ Saligny fue enviado a México en calidad extraordinaria o *ad interim*, por un periodo de seis meses. Había cumplido misiones diplomáticas en Texas. Barker (1976: 411).

denominada Saligny – Zarco, no fue ratificada por el Congreso mexicano. Los diputados liberales alegaron, que, en octubre de 1859, el banquero Jecker, había recibido, ilegalmente, de parte de Miguel Miramón, «derechos para cobrar 15 millones de pesos en bonos internos del tesoro mexicano, garantizados por el embargo sobre las aduanas y la recaudación de los demás impuestos, como compensación de sólo un millón y medio, girados en antiguos bonos»²². La transacción, considerada como una infamia, trajo efectos desastrosos.

El contrato, firmado por Miramón y Jecker ante el antiguo ministro del tesoro, Pedro Fernández del Castillo y el escribano Esteban Villalba, rezaba en su artículo 12, que, «por ningún motivo, autoridad alguna podría suspender los efectos respecto a la amortización de los bonos una vez emitidos, bajo pena de destitución e inhabilidad perpetua para obtener cargo público»²³. Con esto había quedado legalmente expreso, que cualquier gobierno que se negase a efectuar los pagos, incluso aquel que declarase la moratoria, podría ser depuesto. Naturalmente, Saligny respaldó los reclamos de Jecker y le otorgó la protección de sus colores.

Ambos sujetos aprovecharon la ocasión para hacer negocios. El agente francés fundó, junto al secretario de estado de la Confederación, Judah P. Benjamin, nativo de Luisiana, la efímera compañía comercial del estrecho de Tehuantepec, que pretendió revocar la concesión de tránsito y transporte ofrecida por Juárez a los yanquis mediante el tratado McLane – Ocampo. Mientras, el banquero suizo, transfirió, en febrero de 1861, el 30% de las ganancias sobre los intereses de los bonos mexicanos al presidente del legislativo francés, el duque de Morly (Bemis 1936: 389). De esta manera, la deuda de Jecker quedó amarrada a la política exterior de Francia y definió la rudeza y el carácter de la legación francesa en México. Desde la primavera, el emperador estaba listo para desplegar la intervención. El decreto de Juárez, del 29 de mayo de 1861, que suspendió los pagos de la deuda de Londres por un año e

²² Wynne, *State Insolvency and Foreign Bondholders. Selected Case Histories of Governmental Foreign Bond Defaults and Debt Readjustments*, p. 20.

²³ Documento 15936, Contrato firmado por Miguel Miramón y el banquero Jean B. Jecker, fechado el 31 de octubre de 1859, Exp. 593, Leg. 39, ASRE.

interrumpió el flujo de la plata por dos (Bemis 1936: 389), y que luego fue amparado por el Congreso, el 17 julio, fue repudiado por Saligny y Charles Wyke, ministro plenipotenciario británico, y conllevó el rompimiento de las relaciones de México con Francia y Gran Bretaña.

El fracaso de la convención Saligny – Zarco y la moratoria de las deudas decretada por Juárez fueron sin duda los incidentes que provocaron la intervención francesa, pero no podemos evadir, ni olvidar la larga lista de atropellos cometidos, tanto por particulares como por militantes partidistas, contra las vidas y propiedades de extranjeros, e incluso contra los representantes de las legaciones diplomáticas. Este tipo de sucesos, que se repitieron durante la vigencia de la Guerra de Reforma, degradaron las relaciones diplomáticas de México. El robo de Laguna Seca, cometido por los liberales Manuel Doblado y Jesús González Ortega, en agosto de 1860, dentro de los límites de los estados de Guanajuato y Zacatecas, comprometió los 1.127,424 pesos destinados a cubrir parte de los intereses adeudados a los tenedores de los bonos británicos. Luego, en octubre, se presentó el asesinato del vicecónsul de Francia en Tepic; en noviembre, Miguel Miramón confiscó otros 600,000 pesos del consulado británico de Veracruz, y; en febrero de 1861, el gobernador de Tamaulipas, Juan José de la Garza, se apropió en Tula de la plata en tránsito hacia Londres (Villegas Revueltas 2006:100).

Melchor Ocampo le alertó a Juárez acerca de las medidas que tomaría Napoleón III en México. En carta enviada a Andrés Oseguera, secretario de la legación mexicana en París, manifestó, que «el peligro estaba en las pillerías del señor Doblado, y que el cónsul británico, George Mathews, estaba furioso porque Miramón se había llevado los fondos»²⁴. A lo que agregó, que falsamente, “Saligny había visitado a Juárez, asegurándole que el emperador no quería de modo alguno mezclarse en las cuestiones domésticas de México, sino proteger los intereses de sus naturales”²⁵. Mientras tanto, Juárez se esforzaba por demostrar absoluta normalidad. Su

²⁴ Carta de Melchor Ocampo a Andrés Oseguera, fechada 1 de diciembre de 1860, en: Weckman (1962: 224).

²⁵ *Ibidem*.

carta, dirigida a Oseguera, y enviada un mes después, contrasta con lo dicho por Ocampo. Dice, que “es preciso que se convenzan los gobiernos europeos de lo que tanto se les ha dicho de la opinión de la nación en favor de la Constitución. Nunca pudo la reacción decir lo que nosotros hoy; la nación está tranquila y se procura la seguridad de la propiedad y de las personas, como lo pueden atestiguar nacionales y extranjeros”²⁶. Sin embargo, el incidente ocurrido en el puerto de San Blas, en el litoral Pacífico, en febrero de 1861, en el que murió el médico francés Federico Rieck, y que fue perpetuado por unos tales Coronado y Antonio Rojas, del partido gobiernista o liberal, demostró que Juárez estaba equivocado en sus afirmaciones sobre la tranquilidad de la república.

3. *La intervención francesa en México*

Según la comunicación emitida por el capitán Jervin, al gobernador de Sinaloa, Plácido Vega, desde el buque *La Sérieuse*, “el médico francés Federico Rieck, había sido cruelmente ultrajado, y fallecido poco después a consecuencia del atentado”²⁷. En represalia el buque francés apuntó las cañoneras sobre San Blas y exigió la reparación de 10,000 pesos para la familia de la víctima, la destitución inmediata y castigo de los culpables, y un saludo de 21 cañonazos al pabellón de Francia²⁸. De no conseguir sus reclamos, Jervin amenazaba con iniciar el bombardeo del puerto. En referencia al incidente, Francisco Zarco escribió a Saligny el 12 de febrero de 1861, exponiéndole que, “el presidente Juárez había dispuesto que se le devolviera al Dr. Rieck los once mil pesos que le había exigido el coronel Rojas, y 20,000 pesos más a su familia, a título de indemnización”²⁹. Zarco añadió, “que el tal

²⁶ Carta de Juárez a Andrés Oseguera, fechada el 28 de enero de 1861, Weckman (1962: 224).

²⁷ Carta del capitán Jervin a Plácido Vega, fechada el 25 de diciembre de 1860, en: *ivi*: 229.

²⁸ Carta del capitán Jervin a Plácido Vega, fechada el 25 de diciembre de 1860, en: *ibidem*.

²⁹ Carta de Francisco Zarco a Dubois de Saligny, fechada el 12 de febrero de 1861, en: *Ivi*. 228.

Rojas había sido detenido y que se le sometería a proceso, y le rogó a Saligny que le hiciera un severo extrañamiento al capitán Jervin, por la conducta que tuvo en San Blas³⁰.

Las referencias a los bonos de Jecker aparecen en la correspondencia de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México desde el 4 de mayo de 1861. En carta del ministro francés Saligny al canciller Francisco Zarco, fechada el 2, amenazó al gobierno de Juárez, que, de no llegar a un acuerdo para el pago de las deudas, incluida la de Jecker, le aseguraba la ruina. La propuesta de Saligny consistía en la reducción de 15 a 10 millones del monto del capital que México adeudaba a Jecker, según lo dispuesto por la convención de Miramón. Además, “del cobro para Francia del 20% de los impuestos recaudados por los estados y el gobierno federal, y del 15% de los montos provenientes de las aduanas”³¹. La primera carta de Francisco Zarco al recién posesionado ministro plenipotenciario de México en París, Juan Antonio de la Fuente, le informó sobre de la insolencia de Saligny, y recomendó acciones ante el *Quai d’Orsay*. Siguiendo sus palabras, “Saligny había manifestado que su gobierno estaba resuelto a obligar al de México al cumplimiento de ese contrato, empleando si fuese necesario el apremio de la fuerza”³². Luego, en el mismo documento agregó, que, “ese préstamo faltó al principio de la neutralidad, y facilitó recursos a la reacción para prolongar la guerra civil, y aún para provocar una intervención”³³.

Francisco Zarco envió respuesta a Saligny buscando encontrar las razones de sus impropiedades y ofrecer una propuesta a las inquietudes manifestadas. En cuanto a los bonos de Jecker, expuso las graves dificultades que presentaban para su gobierno, por el origen de dicho negocio, por el gravamen resultante para la república, y por la deplorable situación en que había quedado el erario después de

³⁰ Carta de Francisco Zarco a Dubois de Saligny, fechada el 12 de febrero de 1861, en: *ibidem*.

³¹ Documento 15931, Carta de Dubois de Saligny a Francisco Zarco, fechada el 2 de mayo de 1861, Legajo 39, Expediente 593, ASRE.

³² Documento 15928, Carta de Zarco a Juan Antonio de la Fuente, fechada el 4 de mayo de 1861, Legajo 39, Expediente 593, ASRE.

³³ Documento 15928, Carta de Zarco a Juan Antonio de la Fuente, fechada el 4 de mayo de 1861, Legajo 39, Expediente 593, ASRE.

tres años de guerra civil. Según Zarco, “el gobierno de Juárez se mostraba dispuesto a negociar un arreglo justo y equitativo, pero había razones que le impedían celebrar un convenio inmediatamente”³⁴. Antes, debía instalarse un nuevo Congreso, a quien, según la Constitución, correspondía la revisión de los pactos internacionales que celebrase el ejecutivo. Zarco agregaba que Juárez no podía faltar a sus deberes y tomar solo la responsabilidad del arreglo de una cuestión tan grave, no sólo por los intereses del erario, sino por ser motivo de susceptibilidad nacional. Otra carta de Zarco, dirigida a Juan Antonio de la Fuente, denotó la consternación en la que se hallaba la legación mexicana en París. Así lo exponía de la Fuente: “no me puedo explicar un cambio tan violento en la política francesa con relación a sus exigencias pecuniarias, tratándose del agio más repugnante”³⁵.

Las elecciones al Congreso mexicano, celebradas a finales de mayo de 1861, le permitieron a Juárez enfrentar la oposición interna y regularizar su carácter frente a las presiones externas. Los decretos del 29 de mayo y del 17 de julio fueron contundentes. México no podía pagar sus deudas. El 77% de los impuestos a las importaciones eran reclamados por los extranjeros, «el 27% por los tenedores de bonos de la deuda de Londres, el 24% por la convención inglesa, el 10% para reponer los atrasos de la casa de moneda de Guanajuato, y solo el 8% para la convención francesa» (Villegas Revueltas 2006:9), y Juárez se negó a entregar sus ingresos aduaneros, fundamentales para reorganizar la administración pública, antes de imponer el impuesto a la renta, el cual vigorizaría la acción del gobierno y permitiría abolir las exacciones vejatorias.

El 18 de julio, la prensa de la Ciudad de México publicó la ley que ordenaba la suspensión de pagos a las convenciones extranjeras por un periodo de dos años, y echó a rodar la noticia por las calles. Sorprendido, Saligny escribió al canciller Manuel María Zamacona, quien recientemente había reemplazado a Francisco Zarco, regañándolo por no haberle avisado acerca de

³⁴ Documento 15930, Carta de Zarco a Saligny, fechada el 4 de mayo de 1861, Legajo 39, Expediente 593, ASRE.

³⁵ Carta de J.A. de la Fuente a Melchor Ocampo, fechada el 8 de mayo de 1861, en: Weckman (1962: 229).

la determinación de Juárez, ni haberse opuesto a ella. Así opinó Saligny de dicho decreto, “me parece superfluo, y no he titubeado en considerarlo como apócrifo y mentiroso. En efecto, yo hubiera creído hacer una injuria a vuestro gobierno creyéndolo capaz de disponer así, despreciando sus compromisos más sagrados, de la legítima propiedad de otro y de tomar parte en una tentativa tan audaz e insensata contra los derechos y la dignidad de Francia”³⁶. Mientras en México Saligny la arremetía contra Juárez, en la cancillería mexicana de París, Juan Antonio de la Fuente, trataba de explicar la actitud de su gobierno a Édouard Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores de Francia. Así lo expresó en su carta del 20 de julio, “en cuanto a la deuda del señor Jecker, el gobierno de México no podía prever la grave trascendencia que le había dado el emperador de Francia a ese reclamo”³⁷.

De la Fuente invitó a Thouvenel a superar el altercado, comprometiéndose a cumplir con brevedad a las obligaciones pecuniarias. Pero el 24 de julio la amenaza de Saligny tomó forma. El desastre surgió como consecuencia del rompimiento de las relaciones diplomáticas. Saligny aprovechó la coyuntura expresando en su misiva, que, “en la situación actual, no le quedaba a Francia otra alternativa que defenderse y vengar sus derechos y el honor indignamente ultrajados”³⁸. El recurso inmediato sería la fuerza, y era al gobierno mexicano decidir si iba a dejar las cosas venir hasta ese extremo. Los británicos respaldaron los reclamos franceses con agravios y advertencias. Charles Wyke, en carta al canciller Zamacona, aclaró que, “la ejecución de la ley financiera, lejos de beneficiar a la nación la sumirá en dificultades mayores, aumentando considerablemente sus compromisos para con sus acreedores y al mismo tiempo hiriendo en su raíz el crédito y la prosperidad comercial”³⁹.

³⁶ Documento 15877, Carta de Saligny a Manuel María Zamacona, fechada el 20 de julio de 1861, Legajo 39, Expediente 587, ASRE.

³⁷ Documento 16101, Carta de Juan A. de la Fuente a M. Thouvenel, fechada el 20 de julio de 1861, expediente 608, Legajo 39, Expediente 608, ASRE.

³⁸ Documento 15880, Carta de Saligny a Zamacona, fechada el 24 de julio de 1861, Legajo 39, Expediente 587, ASRE.

³⁹ Documento 15871, Carta de Charles L. Wyke a Manuel Zamacona, 25 de julio de 1861, Legajo 39, Expediente 587, ASRE.

Pese a cifrarse una intervención y posible invasión de México, la correspondencia entre Zamacona, desde Ciudad de México, y De la Fuente, radicado en París, revela la perfecta sincronía de las acciones diplomáticas del gobierno de Juárez. Estos dos agentes emprendieron una ofensiva diplomática en ambos lados del océano para fomentar el antagonismo y la discordia entre las potencias europeas, logrando dividir las y menguando su capacidad punitiva. No cabía duda de que las disposiciones del gobierno británico y las de su representante en México, eran más cordiales, y por tal razón había que explotar el espíritu de rivalidad y celo que los alejaba de Francia. El 29 de septiembre de 1861, el canciller Zamacona advirtió a De la Fuente, que, “la Inglaterra de la libertad civil y religiosa, engreída en su calidad de acreedora privilegiada desde la fundación de la república, no podía simpatizar con las miras del gobierno francés y de su representante en México, sobre la intervención que se estaba obrando”⁴⁰. Era cierto que a la Gran Bretaña no le convenía echar sobre México un gravamen mayor al acumulado por las deudas en su favor, que correspondían a la contraída en Londres y a la pactada por la Convención Inglesa, ambas durante la década de 1820.

Además, De la Fuente expuso a Zamacona, que, “pese a que existía, aparentemente, una consonancia de miras y simultaneidad de acción entre los representantes de ambos poderes, el inglés era sensible al antagonismo existente”⁴¹. Coincidió, en que los británicos no trabajarían en beneficio de Napoleón III, pues reconocían que las reclamaciones del banquero Jean Baptiste Jecker eran aberrantes, por lo que no sería difícil establecer un desacuerdo pese a la alianza que parecía ligarlos contra México. En abril de aquel año, España había retomado su antiguo dominio de Santo Domingo para protegerlo de los haitianos, y organizaba su marina de guerra en La Habana, compuesta por 28 embarcaciones, para movilizarlas hacia Veracruz. La audiencia celebrada en octubre en Vichy, entre Napoleón III y Juan Prim, futuro comandante

⁴⁰ Documento 16103, Carta de Manuel M. Zamacona a Juan José De la Fuente, fechada el 29 de septiembre de 1861, Legajo 39, Expediente 608, ASRE.

⁴¹ Documento 15938, Carta de Juan A. de la Fuente a Manuel M. Zamacona, fechada el 29 de septiembre de 1861, Legajo 39, Expediente 593, ASRE.

de las fuerzas expedicionarias españolas, demostró que, en la medida que los británicos se alejaban de los franceses se acercaron los españoles (Schefer 1963: 102).

El 21 de octubre, las delegaciones tripartitas se reunieron en Londres para convenir el método que emplearían contra México, con tal de forzarlo a saldar sus deudas y proteger la vida y propiedades de los súbditos extranjeros. La Convención estableció que una fuerza naval combinada llevaría regimientos expedicionarios, y sería despachada hacia el golfo de México, para iniciar un bloqueo o embargo, capturar las fortalezas y establecer el control de dichas posiciones estratégicas para la navegación. Sin embargo, el acuerdo aclaraba que las fuerzas armadas desplegadas no serían utilizadas para otros propósitos, y todos se comprometieron «a no invadir el territorio, ni recibir ventajas especiales, ni intervenir en la libertad que los mexicanos tenían para escoger la forma de gobierno para el país» (Villegas Revueltas 2006:22).

La carta enviada por De la Fuente a Zamacona, el 25 de octubre, demostraba el disgusto de los delegados británicos tras la reunión de Londres, pues ya circulaban los rumores acerca de los planes secretos del emperador para ocupar México. De la Fuente informó a la cancillería mexicana, que lord Russell, a cargo del *Foreign Office*, había contestado a los Rothschild y demás acreedores ingleses, “que la intervención en México sería tarea difícil y odiosa, ya que, en realidad, nadie sabía lo que el emperador de Francia deseaba, pues era impenetrable, y sus agentes irían tan lejos como les permitiesen las circunstancias con tal de complacer sus ambiciones”⁴². De la Fuente advirtió al canciller sobre la necesidad de oponerle resistencia a los franceses con el apoyo de un ejército decidido, pues de lo contrario estaba seguro de que llegarían hasta la capital acompañados por los militantes del partido conservador. En referencia a España, aconsejó declararle la guerra como rechazo a la ocupación de Santo Domingo, que le serviría de advertencia para hacer titubear a los intervencionistas y a sus aliados dentro de México.

⁴² Documento 16225, Carta de J.A. de la Fuente a Manuel M. Zamacona, fechada el 25 de octubre de 1861, en: Weckman, (1962: 249).

Los atentados contra la legación francesa en Ciudad de México, que se registraron durante la noche del 14 de agosto de 1861, descompusieron las relaciones diplomáticas ya maltrechas. Según M. de Saligny, “a las 20 horas le habían disparado mientras se paseaba por una de las galerías del edificio, y dos horas después, un grupo de 20 músicos, acompañados de varios soldados de uniforme, se presentaron a las puertas de la legación gritando mueras, sin que interviniese la policía”⁴³. El acoso siguió. El 3 de noviembre, el funcionario denunció ser víctima de nuevas amenazas de muerte, pero el canciller Zamacona, respondió acusándolo de calumnia. Según él, Saligny «estaba empeñado en agriar las relaciones con Francia, cerrando sus oídos al gobierno de México»⁴⁴. Un mes después, el 8 de diciembre, una escuadra española de veintiséis buques y seis mil hombres llegó a Veracruz y un mes después, se sumaron setecientos marinos británicos y dos mil quinientos franceses (Hanna y Katheryn 1973:44).

Las tres potencias nombraron un comité de cinco delegados con autorización para determinar el modo de recaudar el importe de las deudas y reclamaciones, pero las divergencias en miras e intereses aparecieron. Las Preliminares de la Soledad, gestionadas en febrero de 1862, lograron trazar un acuerdo entre los representantes de Gran Bretaña y España con el gobierno de Juárez. Tras la reunión de Orizaba, celebrada el día 9 de abril, cada potencia siguió una conducta distinta e independiente. La fractura se presentó tras la llegada de otros 4,000 hombres del ejército expedicionario francés al mando del general Charles F. Latrille, conde de Lorencez, junto a los elementos de la reacción mexicana, favorables a la instauración de una monarquía, como Juan Nepomuceno Almonte, Francisco Javier Miranda y Antonio de Haro y Tamariz.

El rechazo de los británicos quedó manifiesto en la misiva dirigida por el comodoro Hugh Dunlop al vicealmirante francés, Jean P. de la Gravière, el 2 de marzo, en la que señalaba, que, “el gobierno de la reina Victoria, no estaba de acuerdo sobre la

⁴³ Denuncia del ministro francés Saligny, fechada el 15 de agosto de 1861, en: Weckman (1962: 226).

⁴⁴ Documento 16110, Carta de Manuel Zamacona a Saligny, fechada el 13 de noviembre de 1861, Legajo 39, Expediente 608, ASRE.

necesidad de enviar refuerzos a México con miras a una larga ocupación militar⁴⁵. Charles Wyke y Juan Prim, representantes británico y español, sostuvieron que los franceses no tenían derecho a prestar su protección a los enemigos del gobierno mexicano. Saligny se defendió señalando los abusos dirigidos contra ciudadanos franceses en las calles de Matamoros. Gravière levantó el velo aclarándoles a los presentes que la intervención sería de carácter indefinido, y que se esperaba el arribo de un príncipe que se elevaría al trono de Moctezuma y Cortés.

Consideraciones finales

La intervención francesa en México debe ser reinterpretada como parte de un proyecto más amplio, de escala global, que buscaba modificar, en beneficio del imperio de Napoleón III, el orden geopolítico de la época, sacando partida, hábilmente, del estallido y desarrollo de la Guerra Civil Americana. Los intereses de Francia en México eran diversos, desde el acceso a las materias primas, tales como el algodón, hasta la existencia de un mercado considerable y apto para consumir productos manufacturados en sus fábricas, y también como depósito de metales preciosos, necesarios para impulsar el comercio con Oriente. Debido al sesgo anti imperialista, común hasta 1990, los académicos se han resistido a reconocer la vocación panlatinista del proyecto francés, que pretendió, no sólo la regeneración política de México, sino inculcar entre sus habitantes los conocimientos científicos y la técnica moderna para mejorar la vida material, y servirle, al débil estado, de potencia aliada y protectora, tanto de su soberanía como de la del istmo centroamericano, en donde estaban puestos los ojos de los yanquis. Francia entonces estaba comprometida a servir de tapón, y evitar así el eventual avance de los Estados Unidos de América sobre la región.

Pese a que *la grande pensée* de Napoleón III fue el resultado de un plan metódico y calculado, basado en las leyes de la

⁴⁵ Carta del comodoro Dunlop al vicealmirante Jean P. de la Gravière, firmada en Veracruz, el 2 de marzo de 1862, en: Díaz (1965).

gravitación universal, y desplegado de manera sagaz en el momento ideal, éste dependió desde el principio de la suerte que tuviese la causa secesionista de la Confederación Americana y de la prolongación de la Guerra Civil Americana. La correspondencia revisada, tanto la emitida por Dubois de Saligny, ministro de la legación francesa en México, como la de Francisco Zarco y Manuel María Zamacona, ministros de Exteriores del gobierno de México con el legado en París, ayudaron a reconstruir los rigores del proceso intervencionista, demostrando que, no sólo la deuda de Jecker y la moratoria decretada por Juárez y ratificada por el Congreso mexicano, sirvieron de catalizador. También los atentados y vejámenes sufridos por los extranjeros a manos de ciudadanos mexicanos, y la actitud silenciosa y desobligante de los funcionarios públicos de la república, motivaron las rencillas y alentaron a radicalizar las posiciones, hasta que se rompieron las relaciones e iniciaron las hostilidades.

Bibliografía

- ASRE – Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México
ANDREIS LISE y SUÁREZ DE LA TORRE LAURA (Coord.), 2009, *Impresiones de México y de Francia*, París y México: Maison des Sciences de l'homme – Instituto Mora.
- BARKER NANCY N., 1976, “The French Colony in Mexico, 1821 – 1861: Generator of Intervention”, en: *French Historical Studies*, Vol. 9, No. 4 (Autumn), pp. 596 – 618.
- “The French Legation in Mexico: Nexus of Interventionists”, en: *French Historical Studies*, Vol. 8, No. 3 (Spring, 1974), pp. 409 – 426.
- BEMIS SAMUEL FLAGG, 1936, *A Diplomatic History of the United States*, New York: Henry Holt and Company.
- BLACK SHIRLEY JEAN, 1978, “Napoléon III et le Mexique : un triomphe monétaire”, en : *Revue Historique*, T. 259, Fasc. 1 (525) (Janvier – Mars), pp. 55 – 73.
- Napoleon III and the French Intervention in Mexico: A Quest for Silver*, 1974, Norman: University of Oklahoma.

- BLACKBURN GEORGE M., 1991, "Paris Newspapers and the American Civil War", en: *Illinois Historical Journal*, Vol. 84, No. 3 (Autumn), pp. 177 - 193.
- BURY J.P.T, 1964, *Napoleon III and the Second Empire*. London: The English University Press.
- CHEVALIER MICHEL, 1983, *México antiguo y moderno*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CHARLÉTY SÉBASTIEN, 1969, *Historia del Sansimonismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- COSTELOE MICHAEL, 2000, *La república central en México, 1835 - 1846. "Hombres de bien" en la época de Santa Anna*, México: Fondo de Cultura Económica.
- DE LA TORRE VILLAR ERNESTO, 1968, *La intervención francesa y el triunfo de la república*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DÍAZ LILIA (Compiladora), 1965, *Versión francesa de México. Informes Diplomáticos (1862 - 1864)*, México: El Colegio de México.
- DUNBAR GARY S., 1988, "The Compass Follows the Flag: The French Scientific Mission to Mexico, 1864 - 1867", en: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 78, No. 2 (June 1988), pp. 229 - 240.
- GALEANA PATRICIA (Coord.), 2011, *El impacto de la intervención francesa en México*, México: Siglo XXI.
- HANNA ALFRED J. y KATHRYN A., 1973, *Napoleón III in México. American Triumph over Monarchy*. México: Fondo de Cultura Económica.
- "The Roles of the South in the French Intervention in Mexico", 1954, en: *The Journal of Southern History*, Vol. 20, No. 1 (Feb.), pp. 3 - 21.
- "A Confederate Newspaper in Mexico", 1946, en: *The Journal of Southern History*, Vol. 12, No. 1 (Feb.), pp. 67 - 83.
- HERRERA OCTAVIO y SANTACRUZ ARTURO, 2011, *Historia de las Relaciones Internacionales de México, 1821 - 2010*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Volumen I.
- HOUDAILLE JACQUES, 1961, "Les Français au Mexique et leur influence politique et sociale (1760 - 1800)", en: *Revue française d'histoire d'Outre-Mer*. XLVIII.
- LIDA CLARA (Comp.), 1999, *España y el imperio de Maximiliano*, México: El Colegio de México.
- MARICHAL SALINAS CARLOS, 2007, *Bankruptcy of the Empire. Mexican Silver and the Wars between Spain, Britain, and France, 1760 - 1810*, New York: Cambridge University Press.
- MARTINIÈRE GUY, 1974, "L'expédition mexicaine de Napoléon III dans l'historiographie française", en: *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, T. 21e, No. 1 (Jan. - Mar.), pp. 142 - 173.
- PANI BANO ERIKA, 2012, *La intervención francesa en la revista Historia Mexicana*, México : El Colegio de México.

- PHELAN JOHN L., 1979, *El origen de la idea de América*. México: UNAM.
- PI-SUÑER LLORENS ANTONIA, 2006, *La deuda española en México. Diplomacia y política en torno a un problema financiero, 1821 – 1890*, México: El Colegio de México – UNAM.
- SÁNCHEZ ANDRÉS AGUSTÍN y PEREIRA CASTAÑARES JUAN CARLOS (Coord.), 2010, *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810 – 2010*, México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo – Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales.
- SEARS LOUIS MARTIN, 1921, “A Confederate Diplomat at the Court of Napoleon III”, en: *The American Historical Review*, Vol. 26, No. 2 (Jan.), pp. 255 – 281.
- SCHEFER CHRISTIAN, 1963, *Los orígenes de la intervención francesa en México (1858 – 1862)*. México: Editorial Porrúa.
- TÉMIME ÉMILE, 1971, “Un journaliste d'affaires: Gabriel Hugelmann propagandiste au service de Napoléon III et homme de confiance de Thiers”, en: *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, T. 18e, No. 4 (Oct. – Dec.), pp. 610 – 629.
- VILLEGAS REVUELTAS SILVESTRE, 2006, “Charles Wyke y su misión en el México juarista”, en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, No. 32 (julio – diciembre), pp. 5 – 32.
- Deuda y diplomacia, la relación de México con Gran Bretaña (1824 – 1884)*, 2005, México: UNAM.
- WECKMANN LUIS, 1962, *Las relaciones franco-mexicanas (1839-1867)*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Tomo II.
- WYNNE WILLIAM A., 1951, *State Insolvency and Foreign Bondholders. Selected Case Histories of Governmental Foreign Bond Defaults and Debt Readjustments*, New Haven: Yale University Press.

Abstract

LA GRANDE PENSEE DE NAPOLEÓN III (1858 - 1861). LA ESTRATEGIA FRANCESA PARA FORJAR UN IMPERIO AMERICANO

(LA GRANDE PENSEE DE NAPOLEÓN III (1858 - 1861). THE FRENCH STRATEGY TO FORGE AN AMERICAN EMPIRE)

Keywords: French Intervention, Mexico, Napoleon III, debts, European Imperialism.

Based on the review of the official documents on the French intervention found in the Archive of the Secretariat of Foreign Relations of Mexico, this work seeks to clarify the motives of Louis Napoleon and his ministers, to interfere in Mexican affairs since 1858, and determine the intervention of the country in 1861. Without attempting to resolve the principal historiographic debates elucidated for two centuries, nor to contradict the theses previously exposed, the article offers a new perspective of the phenomenon, and raises, from an objective and post - nationalist approach, an original and broad interpretation, typical of connected history.

CARLOS ALBERTO MURGUEITIO MANRIQUE

Colegio de México -

Departamento de Historia de la Universidad

del Valle en Cali y Buga, Colombia -

CEHA (Centro de Estudios Históricos y Ambientales).

carlos.murgueitio@correounivalle.edu.co

EISSN 2037-0520